

Una versión literaria de la *Relación de Michoacán*

Rodrigo Martínez Baracs*

Jerónimo de Alcalá, *Relación de Michoacán*, versión literaria de Rafael Tena, México, Secretaría de Cultura / INAH (Cien de México), 2018, 375 pp.

La reciente publicación de la “versión literaria” realizada por

* Dirección de Estudios Históricos, INAH. Leí una primera versión de esta reseña en la presentación de la versión literaria de Rafael Tena de la *Relación de Michoacán* en el Castillo de Chapultepec el miércoles 10 de julio de 2019, junto con Salvador Rueda Smithers, Cuauhtémoc Velasco Ávila y el propio Rafael Tena. Para la primera parte aproveché mi estudio sobre “La Conquista en la *Relación de Michoacán*”, en Christian Duverger (coord.), *XXIX Coloquio Cervantino Internacional. Los relatos del Encuentro, México, siglo XVI*, Guanajuato, Universidad de Guanajuato / Museo Iconográfico del Quijote / Centro de Estudios Cervantinos / Fundación Cervantina de México, 2019, pp. 225-276.

Rafael Tena de la *Relación de Michoacán* (1541) del franciscano fray Jerónimo de Alcalá, es un acontecimiento cultural por la relevancia de la *relación* misma y por el trabajo editorial que entraña. Su título completo es: *Relacion de las ceremonias y rictos y poblacion y gobernacion de los indios de la provincia de Mechuacan hecha al ilustrísimo señor don Antonio de Mendoza, virrey y gobernador desta Nueva España por su Majestad, etc.* [sic.]. El códice se encuentra en la Biblioteca de El Escorial, tiene formato de libro *in-4º*, finamente encuadernado en cuero, de 144 fojas, con un texto en español con un prólogo y 65 capítulos, con sólo 44 pinturas, lo cual es un indicio de que fue entregado antes de concluido. De las tres partes, falta casi toda la primera, dedicada a los dioses y las fiestas. La *Relación de Michoacán* fue escrita entre 1539 y 1541 por un fraile franciscano

anónimo, que ahora, gracias al historiador J. Benedict Warren, sabemos que fue fray Jerónimo de Alcalá (ca. 1508-ca. 1545) a petición de don Antonio de Mendoza (1493-1552), primer virrey de la Nueva España.

Desde su descubrimiento y primera publicación en el siglo XIX hasta el presente, la *Relación de Michoacán* ha sido y sigue siendo la fuente más importante y, además, casi única, hegemónica, sobre el Michoacán prehispánico y sobre la visión indígena michoacana de la conquista española. Aunque está escrita en español y no existe, o no se ha encontrado, una versión en lengua michoacana, el texto tiene para los estudios michoacanos una importancia semejante a la que para los estudios nahuas tiene el más extenso y ambicioso *Códice florentino* de fray Bernardino de Sahagún (1499-1590) y sus colaboradores nahuas, escrita en

dos columnas, en náhuatl y en español, con pinturas. Pero mientras que los estudios históricos nahuas cuentan con varias fuentes más, en los estudios michoacanos prehispánicos existen pocas alternativas a la *Relación de Michoacán*.

En cuanto a la historia del Michoacán prehispánico, la *Relación de Michoacán* se ha complementado con documentos como las *Relaciones geográficas* de 1579-1581 o la *Relación* del visitador Antonio de Carvajal de 1524, descubierto por J. Benedict Warren, con los vocabularios y las gramáticas michoacanas de los frailes y con las investigaciones arqueológicas. Y en cuanto a la conquista, la *Relación de Michoacán* se puede completar con diversas fuentes, como la *Información de 1553* de don Antonio Huítzilingari (?-1562), hijo del *cazonci* e ilustre gobernador indio de la provincia de Mechuacan entre 1545 y 1562, con las citadas *Relaciones geográficas* y con las relaciones de los conquistadores.

Los capítulos últimos sobre la conquista de la *Relación de Michoacán* constituyen una “visión de los vencidos” michoacana, aunque no debe olvidarse que el informante de fray Jerónimo de Alcalá fue don Pedro Cuínierangari (?-1543), el gobernador indio de la “ciudad y provincia de Mechuacan” (tras la muerte del *cazonci* Tangáxoan en 1530), que no fue, precisamente, un “vencido”, sino un “ganón”. Esta versión michoacana no difiere en lo fundamental de las versiones de la Conquista de otros señoríos, como las tlaxcaltecas, las tezcocanas y las cholultecas, que siempre expresan posiciones políticas propias de cada señorío, y de sus lina-

jes gobernantes y contendientes, aunque coinciden al afirmar que se sometieron por las buenas a los españoles y en todo los obedecen. Difiere únicamente de estas versiones la versión tlatelolca de la Conquista, presente en el libro XII del *Códice florentino* y en los *Anales de Tlatelolco* que sí reivindicó su lucha contra los españoles.

Por su importancia y preponderancia, la *Relación de Michoacán* debe leerse con precaución y sentido crítico, atendiendo a la multiplicidad de autorías que en ella se entremezclan, con intereses y en negociaciones políticas diversas entre el autor, fray Jerónimo de Alcalá, y sus informantes michoacanos: los sacerdotes, *petámutiecha* (plural de *petámuti*), sobrevivientes, el gobernador don Pedro Cuínierangari y la memoria viva de la gente, con la que el padre Alcalá interactuaba diariamente, junto con su equipo de colaboradores michoacanos, escritores y pintores, que mezclaban los registros literarios e iconográficos propios y europeos. Debemos, pues, leer la *Relación de Michoacán* con atención y empatía para captar los sesgos específicos de cada parte y capítulo, en función de situaciones políticas complejas y mal conocidas tanto antes como después de la conquista española, hasta 1541, cuando el padre Alcalá se la entregó al virrey Mendoza.

Ya mencioné que la primera parte, que trata de los dioses y las fiestas, está perdida, salvo un capítulo, “De las fiestas de Hicuándiro y Sicuándiro”. Siguiendo al padre Francisco Miranda Godínez se subsana parcialmente la ausencia con la “Relación de la re-

sidencia de Pátzcuaro” del padre jesuita Francisco Ramírez, de 1585, que pudo haberse basado en la sección perdida de la *Relación de Michoacán*. La segunda parte tiene 35 capítulos y trata de la población y la conquista de esta tierra por los antepasados del *cazonci*, los chichimecas *uacúsecha* (águilas, plural de *uacús*). Y la tercera parte, de 29 capítulos, aborda “la gobernación que tenían”, la organización política, económica y social, y de la conquista española.

No se sabe si la primera parte sobre dioses y fiestas desapareció debido a una sustracción deliberada, a un acto de censura, por incuria u otra razón. A juzgar por el capítulo que se conserva, sobre las fiestas calendáricas de Hicuándiro y Sicuándiro (que corresponden, según Rafael Tena, a las fiestas mexicas de Xocotlhuetzi y Ochpaniztli, respectivamente, “El fruto cae” y “Barrer”), dedicadas a la diosa Cueráuaperi, madre de los dioses, engendradora, esta primera parte debió haber sido bastante impresionante por el registro de sangrientos sacrificios para sus dioses y diosas, que se apoderaban de la gente, que pedía ser sacrificada. Tal vez algún fraile, sacerdote o funcionario se horrorizó al leer dichas páginas y las sustrajo. Pero siempre queda la esperanza de que aparezcan. La historia michoacana nos ha dado buenas sorpresas, como la de la identidad del anónimo autor de la *Relación de Michoacán*. Llegó a pensarse en el propio fray Maturino Gilberti (ca. 1507-1585), autor de una gramática, un vocabulario y varias doctrinas en lengua michoacana, quien, sin embargo, llegó a Michoacán en

1542, ya concluida la *Relación*. Y Georges Baudot (1935-2002) publicó en 1976 una envolvente narración para afirmar la autoría de fray Martín de Jesús, o de la Coaña, uno de los primeros Doce Franciscanos que llegaron a México en 1524, que en 1525 pasó, con el *cazonci* Tangáxoan, ya bautizado como don Francisco, a cristianizar la provincia de Mechuacan. Por alguna razón, sin embargo, Baudot no vio o no quiso ver, porque se le desbarataba todo el cuento que había logrado armar, que en 1971 el historiador J. Benedict Warren había publicado en la revista *The Americas*, de historia franciscana, su artículo titulado “Fray Jerónimo de Alcalá, Author of the *Relación de Michoacán*?” Aunque Warren puso su hipótesis con un signo de interrogación, la mayoría de los historiadores se rindieron a la evidencia de la autoría del padre Alcalá, y vieron que él mismo insinuó su autoría con un guiño en el prólogo al citar a San Jerónimo, traductor de la Biblia del hebreo y del griego al latín, a propósito del natural deseo de conocer que tienen todos los hombres. Y el sábado 27 de marzo de 1999, en una reunión del Grupo Kw’anískuyarhani de Estudiantes del Pueblos Purépecha, en el Antiguo Colegio Jesuita de Pátzcuaro, el historiador Carlos Salvador Paredes Martínez dio a conocer un testimonio dado en 1577 por el funcionario español Diego Hurtado que menciona que fray Jerónimo de Alcalá “escribió la antigüedad desta provincia”.

En su artículo de 1971, J. Benedict Warren nos restituyó la personalidad compleja de fray Jerónimo de Alcalá. Poco antes de escri-

bir la *Relación de Michoacán*, entre 1539 y 1541, había estado en Tzintzuntzan, en 1538, discutiendo y negociando a nombre de los indios con el obispo Vasco de Quiroga (ca. 1480-1565), que había decidido trasladar la cabecera de la “ciudad de Mechuacan” de Tzintzuntzan a Pátzcuaro, como lo registran el *Códice de Tzintzuntzan* y la *Crónica de Michoacán* de fray Pablo Beaumont (del siglo XVIII). La relación del padre Alcalá con los indios era estrecha, conocía perfectamente su lengua, y escribió el primer *Arte* [gramática] *de la lengua de Mechuacan* y la primera *Doctrina christiana en lengua de Mechuacan*. Ambos están perdidos, o no se han encontrado, pero hay documentos que muestran que la *Doctrina christiana...* se iba a publicar en 1539, en Sevilla o en México. No sabemos si llegó a imprimirse pero es probable que para su portada se preparó un grabado de madera en el que un fraile (el propio Alcalá) les muestra un libro de doctrina christiana a unos discípulos y les dice en lengua michoacana: “Ésta es la palabra de Dios”, *Ichuca Dióseueri Uandacua* (-*eueri* es el sufijo genitivo de la lengua michoacana). Conocemos este grabado con una leyenda en lengua michoacana porque aparece en las versiones de 1547 y de 1553 de la *Doctrina christiana en lengua mexicana* de fray Pedro de Gante, y en páginas interiores de varios impresos posteriores.

El grabado con la leyenda “Ésta es la palabra de Dios” tiene un parecido formal con el grabado de la portada de la *Relación de Michoacán*, en el que el fraile le entrega el libro al virrey en 1541, y

le dice “Ésta es la palabra de los viejos de Mechuacan”. Y se parece a la pintura del *Códice de Tzintzuntzan* en el que el padre Alcalá parece que está diciendo al obispo Quiroga: “Ésta es la palabra de los señores de Mechuacan que no quieren trasladar su capital de Tzintzuntzan a Pátzcuaro”, algo así como *Ichuca acháechaeueri uandacua*.

En el Prólogo dirigido al virrey Mendoza, fray Jerónimo se presenta a sí mismo como un mero intermediario o mediador: “Pues, ilustrísimo señor, esta escritura y relación presentan a Vuestra Señoría los viejos desta ciudad de Michuacan [Tzintzuntzan], y yo también en su nombre, no como autor sino como intérprete dellos”. Y menciona algunos ejemplos del “estilo de hablar”, la “manera de decir”, “manera de hablar desta gente”, que procura transmitir en su texto en español con palabras y giros retóricos. Y remata: “A esto yo digo que yo sirvo de intérprete destes viejos y haga cuenta que ellos lo cuentan a Vuestra Señoría Ilustrísima y a los lectores, dando relación de su vida y ceremonias y gobernación y tierra”.

El texto mismo de la *Relación de Michoacán* y la pintura de su portada aclaran que los principales informantes en las partes primera y segunda, sobre la religión y sobre el poblamiento de la provincia, fueron los antiguos sacerdotes que sobrevivían, los *petámutiecha*; y en la tercera parte sobre la gobernación y sobre la Conquista, el informante principal fue don Pedro Cuñierangari, el gobernador indio de la provincia de Mechuacan. Más los pintores de las 44 pinturas, que no sólo repiten, sino que agregan in-

formación por su cuenta, como lo vio el historiador Hans Roskamp. Fray Jerónimo de Alcalá y sus colaboradores michoacanos debieron recoger los testimonios de los sacerdotes, del gobernador don Pedro y de diversos informantes más, en lengua tarasca, y después se dedicaron a traducir los testimonios al español (aunque es posible que don Pedro haya podido expresarse en español en 1539-1541, después de 20 años de trato con los españoles).

En cuanto a la segunda parte, sobre el poblamiento de la provincia, fray Jerónimo de Alcalá y sus colaboradores michoacanos lograron recoger o reconstruir el gran relato que el sacerdote mayor, el *petámuti*, narraba a todos los señores y la gente reunida para la gran fiesta de Ecuata Cónscuaro, la “Fiesta de las flechas” (que corresponde según Rafael Tena a la fiesta mexicana de Tecuilhuitontli, “Pequeña fiesta de los señores”), después de la “justicia general que se hacía” (sangrientas ejecuciones), y que después repetían en sus diferentes pueblos los *petámutiecha* locales. Este gran relato comenzaba con la llegada de los *chichimecas* (“linaje de perros”, en náhuatl) a Michoacán, particularmente los del linaje *uacúsecha*, las “águilas”, encabezados por Hiréticátame, “Señor robusto”, según Tena. Es notable que los michoacanos se identificaban a sí mismos como chichimecas, al igual que los mexicas y tezcocanos y varios otros orgullosos pueblos del centro de México.

Estos chichimecas migrantes encontraron en Michoacán poblaciones de nahuas y de michoacanos

que hablaban la misma lengua que ellos. Son conmovedores los relatos de las alianzas culinarias y matrimoniales entre los cazadores recolectores del norte y los pescadores de las islas del lago de Pátzcuaro, que unidos, mestizados, conformaron un gran reino encabezado por el gran rey, *irecha*, Tariácuri, que se extendió al conjunto del territorio michoacano, con su ciudad capital, primero en Pátzcuaro, luego en Ihuatzio, “Lugar de coyotes” (también llamada Coyoacan, Cuyacan, en náhuatl michoacano), y finalmente en Tzintzuntzan (“Lugar de colibríes”, Huitzitzillan en náhuatl, Uchichila, en español), donde gobernaban cuando llegaron los españoles.

La tercera parte de la *Relación de Michoacán*, sobre “la gobernación desta gente” y la Conquista, ha sido la base de una numerosa cantidad de estudios sobre la vida social, política y económica michoacana prehispánica. El principal informante de esta parte, ya lo vimos, fue el gobernador don Pedro, pero fray Jerónimo también metió sus concepciones, algunas tomadas de las *Siete Partidas* de Alfonso el Sabio (1221-1284), como lo advirtió la historiadora Claudia Espejel. Con todo, la información de la tercera parte es riquísima sobre la organización política, económica, religiosa y social del reino del *cazonci*, que fue la base material que aprovechó el obispo Vasco de Quiroga para la organización utópica de su “ciudad de Mechuacan”, basada en la división del trabajo de los pueblos ribereños.

También debe mencionarse que don Pedro Cuínierangari no pertenecía al linaje *chichimeca* y

uacúsecha del *cazonci*, sino que pertenecía, como lo destacó la investigadora Angélica Jimena Afanador-Pujol, al linaje de los pescadores isleños, y aprovechó las turbulencias de la Conquista para “posicionarse” políticamente y sustituir varias veces al *cazonci* cuando los españoles los encarcelaban, y finalmente se quedó con la gobernación de la provincia tras la ejecución del *cazonci* en febrero de 1530, hasta su propia muerte en 1543. Es interesante conocer cómo el propio don Pedro Cuínierangari introdujo su propia boda con una hija del *cazonci* Tangáxoan para presentarse como el “hermano adoptivo” del *cazonci*, y justificar su participación como intermediario entre el *cazonci*, que se escondía, y los conquistadores Cristóbal de Olid (1488-1524), en Michoacán, y Hernando Cortés (1485-1547), en la Ciudad de México destruida. Y al apoyar al recién llegado obispo Vasco de Quiroga, en 1538, en su voluntad de trasladar de Tzintzuntzan a Pátzcuaro la sede del obispado y los cabildos español e indio de la ciudad, se consolidó su papel como gobernador.

De modo que aparecen representados, en la *Relación de Michoacán*, dos puntos de vista de linajes diferentes: el de los chichimecas *uacúsecha*, presente en la narración del Petámuti, en la primera y la segunda parte, y el de los pescadores isleños, en la tercera parte. En su conjunto, revela una posición “tzintzuntzanista” que compartían la nobleza indígena y los franciscanos, opuesto a la posición “patzcuarista” del obispo Quiroga, que compartía el gobernador don

Pedro Cuínierangari. Tzintzuntzan siempre es llamada “ciudad de Mechuacan”, mientras que Pátzcuaro, “la ciudad de Mechuacan” de don Vasco, nunca es llamada así sino llanamente Pátzcuaro.

De cualquier manera, el punto de vista de la familia real michoacana iniciado por el chichimeca *uacúsecha* Hiréticátame (que gobernó de 1280 a 1300, según Rafael Tena) se afirmó en el árbol genealógico, a manera de Árbol de Jesé, de la *Relación de Michoacán*, que inicia con Hiréticátame y concluye con el *cazonci* Zuangua (1495-1520), el *cazonci* Tangáxoan Tzintzicha (1520-1530) y sus hijos don Francisco Tariacuri (1543-1545) y don Antonio Huítzimengari (1545-1562), que efectivamente gobernarían Michoacán poco después de escrita en 1541 la *Relación de Michoacán*, texto que parece un alegato presentado ante el virrey Mendoza para que apoye la restitución de la gobernación india de Michoacán al linaje del *cazonci*, contra las aspiraciones de don Pedro de colocar a sus hijos, que advirtió Afanador-Pujol.

Y es notable que recientemente fue descubierto, publicado y estudiado un complemento o versión alternativa, mucho más breve, de la *Relación de Michoacán*, escrito dos años después: la *Memoria de Melchor Caltzin*, el documento más antiguo escrito en lengua michoacana, de 1543, que representa el punto de vista del linaje de los mercaderes nahuas de Tzintzuntzan —*caltzin* significa “casa”, en náhuatl, *calli*, con la partícula reverencial *-tzin*—, y que tiene el valor peculiar de mencionar y describir un códice pictográfico perdido. Esta

Memoria de Melchor Caltzin forma parte de los tres tomos de manuscritos reunidos por Carlos de Si-güenza y Góngora (1645-1700) que pasaron a propiedad de la Sociedad Bíblica de Inglaterra, que los prestó a la Biblioteca de la Universidad de Cambridge y en 2014 fueron adquiridos por el gobierno de México para la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia.

Como vemos, la historia que transmite la *Relación de Michoacán* es rica y compleja, enigmática y sugerente, y la edición de Rafael Tena constituye un auxilio sustancial para su estudio. Entre tantos aportes de Rafael Tena, tal vez el más sustancial es su serie de traducciones y ediciones bilingües anotadas de obras históricas fundamentales de la lengua náhuatl, como lo son las relaciones de Chimalpahin, en cuatro tomos, y las que se le atribuyen al padre Olmos, los *Anales de Cuauhtitlan* y los de *Tlatelolco*, el *Códice Aubin*, entre otros. Pero también debe recordarse la versión literaria que hizo Tena de los *Evangelios* y de los *Hechos de los Apóstoles*, directamente del griego, pero transvasados en una versión literaria, que no se atiene a los versículos y no respeta las repeticiones e incongruencias —no ostenta el *imprimatur* eclesiástico—, por lo que genera una versión accesible para todos que hace resaltar la belleza literaria del texto. De la misma naturaleza es la versión que nos presenta Tena de la *Relación de Michoacán*, que, diríase, tradujo del español del siglo XVI al del XXI.

De la *Relación de Michoacán* existen múltiples ediciones, desde la primera española de 1869 (aho-

ra disponible en internet) y la morliana de 1903; la gran edición facsimilar en blanco y negro y coloreada a mano de José Tudela de la Orden (1890-1973), con estudios, publicada en Madrid por Aguilar en 1956; la edición del padre Francisco Miranda Godínez, de 1980, de Fímax Publicistas de Morelia, que distinguió tipográficamente los diálogos para facilitar su lectura, y además puso en apéndice la “Relación de la residencia de Pátzcuaro” del jesuita Francisco Ramírez, de 1585, que parcialmente sustituye la primera parte perdida sobre la religión prehispánica; la edición del año 2000 de Moisés Franco Mendoza, con transcripción y varios estudios, de El Colegio de Michoacán, que también reeditó en 2008 en una impresión económica, con la transcripción y las ilustraciones a colores, y prólogos de Rafael Diego Fernández Sotelo y del escritor francés Jean-Marie Gustave Le Clézio, Premio Nobel de Literatura; y finalmente la edición facsimilar perfecta a colores y bellamente encuadrada, como el original, con un grueso tomo de valiosos estudios, editada por Mauricio Escobar Olmedo en Patrimonio Nacional, de España, y el H. Ayuntamiento de Morelia, en 2001. El mencionado Le Clézio tradujo la *Relación de Michoacán* al francés y se conocen traducciones al inglés, japonés y purépecha mismo, para suplir la inexistente versión original de la *Relación de Michoacán* en lengua michoacana.

Todas estas ediciones son valiosas y siempre serán estudiadas, pero Rafael Tena las consideró y se dio cuenta de que ninguna es realmente legible por el común de

la gente ni aun la versión editada por el padre Miranda Godínez, por lo demás agotada. Por ello, Tena se propuso hacer una “versión literaria” de la *Relación de Michoacán*, que permite que la gente, joven y mayor, especialista o no, se le pueda acercar, la pueda leer. El historiador profesional descubrirá temas que nunca había captado bien, pero hará bien en tener a la mano alguna de las versiones anteriores para verificar la redacción original al analizarla o citarla. Pero la claridad de la versión de Tena permite apreciar lo que Paul Kirckhoff (1900-1972) y Jean-Marie Gustave Le Clézio habían advertido: la belleza literaria de la *Relación de Michoacán*.

La edición de Rafael Tena posee varias otras virtudes. Las ilustraciones están bien reproducidas, si bien en blanco y negro. Dispuso de la mencionada “Relación de la residencia de Pátzcuaro” del jesuita Francisco Ramírez en sustitución de la primera parte perdida, antes del capítulo sobre las fiestas de Hicuándiro y Sicuándiro, con una nota explicativa. Comparte las características de las anteriores ediciones y traducciones de textos en náhuatl hechos por Tena: el texto español pulcro y clásico; una Introducción escueta pero perfectamente informada, sobre todo en cuanto a los aspectos textuales, bibliográficos, documentales e historiográficos; un mínimo de notas a pie de página para no estorbar la lectura, pero todas precisas y oportunas, que se complementan con

un apéndice que constituye un poderoso apoyo a la lectura y a la investigación del texto, pues incluye una bibliografía actualizada de las ediciones de la *Relación de Michoacán* y estudios sobre ella; una “Lista de vocablos tarascos que aparecen en la *Relación*” (con sus significados y las fechas de las fiestas); una “Cronología tentativa de los gobernantes *uanácaze* (*uacúsecha*)” (con fechas tentativas de su gobierno, sus principales capitales y sus padres); un glosario de términos tarascos (con la correspondencia mexicana de las fiestas michoacanas, con los lugares donde eran principalmente adorados los dioses); un índice de antropónimos y uno más de topónimos. Las palabras tarascas están acentuadas para saber si el acento tónico se encuentra en la primera o en la segunda sílaba (como se acentuaba esta lengua sufijante), y en ocasiones se agrega un acento secundario, como en Hiréticátame. Es vasta la cantidad de conexiones que el lector irá haciendo al leer la *Relación de Michoacán*, y al buscar en los apéndices los centenares de nombres de personas y de lugares en tarasco y náhuatl que aparecen. La edición reúne, concentra y sistematiza extensa información valiosa; es una verdadera computadora de papel que permite al lector hacer sus propias navegaciones.

Sólo menciono una pequeña discrepancia: el uso de la expresión gobernantes *uanácaze*, “los que van de travesía”, para referirse al linaje del *cazonci*, el de los

chichimecas *uacúsecha*, “águilas”, así llamados por la mayor parte de los historiadores. La expresión *uanácaze* aparece a comienzos de la segunda parte como “los reyes *uanácaze*”, presentes junto con los *enéani* y los *tzacápuhireti*, en la narración ritual de su historia por el *petámuti* o sacerdote mayor en la fiesta de Ecuata Cónscuaro; pero la designación de “reyes” no parece referirse a que los *uanácaze* fueran majestades de Michoacán sino, más lógicamente, de diversos reinos o señoríos del cada vez más amplio imperio michoacano.

Rafael Tena nos procuró una “edición literaria”, hospitalaria, de la *Relación de Michoacán*, pero también un valioso instrumento de trabajo para nuestra instrucción, curiosidad, reflexión y deleite. Con ella, la *Relación de Michoacán* quedó más que nunca integrada al corpus de la literatura mexicana. Al mismo tiempo, la historiografía de la Conquista de México, en este Quinto Centenario que estamos conmemorando, se enriquece con la perspectiva indígena y regional. Es mucho lo que la historiografía mexicana de tradición náhuatl le debe al historiador y traductor Rafael Tena; ahora, la historiografía michoacana lo recibe con agradecimiento por contribuir a conocer, valorar y aprovechar su fuente histórica fundamental y fundacional. Por su deseo de saber y de aprender lenguas y traducirlas, fray Jerónimo de Alcalá y Rafael Tena comparan el mismo santo patrono.